

La literatura femenina en América
Alfonsina Storni

Por JULIETA CARRERA

= Envío de la autora. La Habana, setiembre de 1937. =

El alma del verso es y será el ritmo. El verso sin ritmo es como una sombra sin cuerpo, como un vaso sin contenido. El ritmo del verso lo establece una ley científica: aquella que según Tyndall y Spencer "rige todos los movimientos y cambia la agitación en ondulación regular". En última instancia podrá prescindirse de la rima, del atavio, pero jamás del ritmo, traductor de un estado en que las palabras interpretan la música de las ideas.

Es debido, en parte, a la nobleza o novedad del ritmo, que muchos poetas perduran sobre el tráfico y la confusión de tendencias que se disputan el predominio de la moda. Entre ellos—dado que la poesía no reconoce sexo,— cabe destacar en primera línea a Alfonsina Storni. En la lírica americana esta mujer es la de imaginación más densa y lenguaje más rico. Su modalidad es absolutamente subjetiva, espiritualizada. Ese erotismo, llevado a la máxima profundidad en la Agustini y a la suprema gracia en la Ibarbourou, cobra alcurnia intelectual en Alfonsina. Esta rige sus instintos como un piloto la nave. Su voz ha llegado a una transparencia tal, que pudiéramos decir no conserva rastro de lo inconsciente. Sin turbias complicaciones de lo libido, su poesía disciplinada, sujeta a control, tiene la virtud de conservar impoluta la gracia estética, bajo la acción, siempre latente, de una cultura intelectual muy extensa.

Desde su primer libro, la línea directriz de la Storni se mantiene en ascenso. De *La Inquietud del Rosal* a *Ocre*, observamos cómo se aclaran sus motivos, tornándose cada vez más interiores, más trascendentes, más restringidos al diálogo psicológico. Un diálogo del alma con el mundo, de la inteligencia con las pasiones, de la criatura con la naturaleza. La idea se trasmite en su verso como por un nervio sano y poderoso. Su poesía no es más que condensación de estados de conciencia, un flujo y reflujo de la marea angustiosa y atormentadora de su pensamiento. Marea en la que por modo luminoso flotan sus cualidades: profundidad, armonía, elevación. Profundidad del pensamiento que ahonda en la vida, inquietado por su misma intensidad; armonía entre el concepto y el ritmo; elevación de lo cotidiano a lo trascendente, de la existencia diaria a los grandes problemas.

Cerebro y corazón se hacen verbo vibrante en labios de esta poe-



Alfonsina Storni

tisa. Verbo que en *La Inquietud del Rosal* se halla tocado de gracia; en *El Dulce Daño*, de una tamizada voluptuosidad y un dolor atemperado en *Irremediablemente*, de un ansia interrogante y un religioso fatalismo; en *Languidez* de un deseo de aquietar el cerebro doliente, de no sentirse marcada por la duda, de no saberse acicateada por la fatiga de buscar. En *Ocre*—libro de madurez— todos estos aspectos se fusionan, se ensanchan, se saturan de lo más íntimo de la sensibilidad femenina, alcanzando un bien regido estilo y una forma perfecta.

Analítica, disciplinada, estudiosa.

Alfonsina Storni —a través de sus ocho libros— muestra una cultura intelectual compleja, como pocas mujeres la tienen en América. No obstante, su arte se mantiene libre del influjo desvirtuador del intelectualismo profesoral, que tantos estragos causa en los climas librescos. Decimos esto porque Alfonsina Storni, dada su profesión de bibliotecaria, podía caer con facilidad en tales vicios, máxime si se considera el predominio que en ella ejerce la mente sobre sus otras actividades. Pero no ha sido así. Su intelectualismo se nota única y exclusivamente en la arquitectura del verso y en la riqueza de metáforas de que hace gala en sus o-

Con la misma cadena

Pero, después, durante un mes todos los años, viví en un paraíso que consideraba como mi salvación. Pasaba todo diciembre con mi tía Georgy, hermana de mi madre y esposa de Sir Edward Burne-Jones, en la Granja, en North End Road. Al principio tenía que ser acompañado hasta allí, pero después me iba solo y llegando a la casa me estiraba y cogía la repujada cadena de la campanilla, en aquella hermosa puerta que me permitía entrar en el recinto de toda mi felicidad. Cuando, muchos años después, tuve una casa de mi propiedad y cuando ya La Granja no tenía tanto significado, pedí aquella cadena para colocarla en la puerta de mi casa, y me la obsequiaron. Tenía la esperanza de que algún otro niño podría también sentirse feliz al hacer sonar la campanilla con la misma cadena.

(De Rudyard Kipling, en su *Autobiografía*. Edens. Ercilla. Santiago de Chile. 1937).

bras, sucediéndose una tras otra, en singular y renovada tensión.

Su mecánica, poética, aunque conserva en buena parte la rima, brinda la primacía a la asonancia y al verso-librismo. El ritmo es lo que adapta a la idea, no la idea al ritmo. En algunos de sus temas, vagos y candorosos, aunque se muestra arbitraria—de una arbitrariedad mental— no cae nunca en el prosaísmo ni en la incoherencia. La manera sintética y esquemática que usa para expresar la emoción y los más tenues movimientos del espíritu, es lo que la lleva a descomponer el verso, no es afán de novedad. Alfonsina Storni, en cuatro rasgos, con pocas descripciones e imágenes justas, al evocarnos su vida interior, nos pone frente a la eterna intimidad femenina, y con un ritmo simple y un detalle en apariencia trivial, tiene la virtud de renovar nuestras ideas y los ensueños adormecidos en el alma.

Pero esto no le basta. Su hambre de captación psíquica quiere superar lo literario. Es entonces cuando aparecen sus *Poemas de Amor*, simples frases líricas, de las que surgen los estados de tensión erótica, maduros ya para la vida. Hay en las páginas de este pequeño volumen una maestría que descansa en lo sencillo de la expresión y lo robusto del sentimiento. Su sensualidad altanera se traduce en un grande y nuevo entusiasmo.

Para ofrecerse al amado, no vacila en proyectar su alma fuera de sí, y para elogiar su orgullo reflejado en el ser a quien se entrega, halla comparaciones y palabras de rara justeza. De este amor carnal, en el que no se sabe si el alma se transporta a lo físico, o si lo físico asume categoría de alma, extrae Alfonsina Storni la esencia de que está impregnada su prosa poética, que "apenas si se atreve a ser una de tantas lágrimas caídas de los ojos humanos". Es una esencia fuerte, integrante, urgida. En los momentos de soledad, la mujer clama con voz desgarrada y frenética: pide perennidad al momento en que no hace más que morir, quiere que se perpetúe en las frases que le brotan,—como la hoja tierna al tallo nuevo—, la angustia de la espera, el temor a destruir el recuerdo, el latir apresurado y el desmayar intenso del organismo.

De esta tensión de la madurez psico-física, sale Alfonsina para incursionar en el teatro. Con *El Amo del Mundo* se penetra en el campo del intelectualismo vi-